

*LA HISTORIA DE
LOS DOS ENAMORADOS OZMÍN Y DARAJA,
FUENTE DE INSPIRACIÓN CERVANTINA*

ROSA NAVARRO DURÁN
Universidad de Barcelona

Para entretener el camino que les lleva a Cazalla, “el más mozo” de los dos clérigos que viajan con Guzmán de Alfarache y el arriero va a contar *La historia de los dos enamorados Ozmín y Daraja*, novela morisca¹, “verdadero oasis en el amargo desierto de la *Atalaya* y muestra del multiforme talento narrativo de Alemán”, como dice Francisco Rico². Miguel de Cervantes la leyó muy bien y gustó de ella: dos de sus *Novelas ejemplares* nos ofrecen huellas manifiestas del relato, y así podemos tener una fecha obligada *post quem* (la de 1599) de su composición. Son las dos novelas clasificadas como bizantinas por Gonzalo Sobejano, *La española inglesa* y *El amante liberal*³, porque, en efecto, tienen ambas rasgos de tal género novelesco; aunque *El amante liberal* sea un relato de cautivos, será *La española inglesa* la que recoja más elementos de la novelita de Mateo Alemán.

Una tercera, la original *La ilustre fregona*, que, apoyada en la figura de los dos amigos, desarrolla dos tramas paralelas de distinto género, podría también presentar un motivo común con el relato intercalado en la *Vida del*

¹ Enrique Moreno Báez habla del influjo que *Ozmín y Daraja* tiene de “la primera parte de Pérez de Hita”, pero señala cómo los elementos que toma de ella “han sido asimilados por Alemán, quien va a crear un tipo de novela muy distinto de la de aquél por su arquitectura y sus dimensiones, y que es el antecedente más inmediato de las ejemplares de Cervantes”, *Lección y sentido del “Guzmán de Alfarache”*, Madrid, Anejo XL de la RFE, 1948, pág. 182. En el *Quijote* también es el cura el que lee *El curioso impertinente* en la venta.

² En nota al pie en su edición del *Guzmán de Alfarache*, Barcelona, Planeta, 1967, pág. 242.

³ Gonzalo Sobejano, “Sobre tipología y ordenación de las *Novelas ejemplares*”, *Hispanic Review*, XLVI, 1978, pág. 72.

pícaro Guzmán de Alfarache, aunque en ella la huella de la lectura de Cervantes está mucho más diluida. Y es, en cambio, en su inicio, donde el novelista cita al pícaro, como se sabe. Dice de Carriazo el narrador: “Finalmente, él salió tan bien con el asunto de pícaro, que pudiera leer cátedra en la facultad al famoso de Alfarache”⁴; y Avalle-Arce indica cómo “Cervantes tiene buen cuidado en el resto de su obra de evitar toda mención a Mateo Alemán y su inmenso éxito novelístico”⁵. Ese personaje burgalés, pícaro por vocación, Diego de Carriazo, alias Urdiales o el Asturiano, aprendió —y mucho— en las artes de su maestro.

1. OZMÍN Y DARAJA Y LA ESPAÑOLA INGLESA

1.1. El saqueo de la ciudad y la cautividad de la bella muchacha

La historia de *Ozmín y Daraja* comienza con el sitio de Baza por los Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel. La victoria de los cristianos culmina con el saqueo de la ciudad: “...entraron y saquearon grandes riquezas, cautivando algunas cabezas, entre las cuales fue Daraja, doncella mora, única hija del alcaide de aquella fortaleza”⁶. Se alaba su hermosura, se precisa su edad, “sería de edad hasta diez y siete años no cumplidos”, se pondera “su discreción, gravedad y gracia” y se afirma que “tan diestramente hablaba castellano, que con dificultad se le conociera no ser cristiana vieja”. El Rey la valora tanto que se la envía su mujer: “El Rey la estimó en mucho, pareciéndole de gran precio. Luego la envió a la Reina su mujer, que no la tuvo en menos y [...] procuró hacerle todo buen tratamiento, regalándola de la manera, y con ventajas, que a otras de las más llegadas a su persona. Y así no como a cautiva, antes como a deuda, la iba acariciando, con deseo que mujer semejante y donde tanta hermosura de cuerpo estaba no tuviera el alma fea”. La lleva consigo a Sevilla y espera que, sin obligarla, se haga cristiana. Y para “disponerla poco a poco sin violencia, con apacibles medios”, le pide que cambie sus

⁴ Cito siempre por mi edición de las *Novelas ejemplares*, Madrid, Alianza Editorial, 1995, II, pág. 70.

⁵ Y sigue diciendo: “No es ocioso recordar, por ejemplo, que Mateo Alemán es autor que no se menciona en el *Viaje del Parnaso* (Madrid, 1614), donde se atropellan nombres de autores inferiores y semidesconocidos”, introducción a su edición de las *Novelas ejemplares*, Madrid, Castalia, 1982, III, págs. 7-8. García López, en la nota bibliográfica a esta novela en su ed. de las *Novelas ejemplares*, Barcelona, Crítica, 2001, pág. 914, resume lo que se ha dicho sobre los elementos picarescos de la novela.

⁶ Cito siempre por la ed. del *Guzmán de Alfarache* de José María Micó, Madrid, Cátedra, 2000, 5.ª.

vestidos moros por los cristianos. “Daraja se vistió a la castellana, residiendo en palacio por algunos días, hasta que de allí partieron a poner cerco sobre Granada”. La Reina la deja en casa de don Luis de Padilla, “caballero principal muy gran privado suyo”, que tiene una hija doncella, para que se entretenga con ella, págs. 215-17.

Cervantes elige otro marco para *La española inglesa*, pero en él es fácil ver la presencia de detalles de su modelo: el saqueo de la ciudad, el rapto de la muchacha y la entrega de la cautiva a la esposa. “Entre los despojos que los ingleses llevaron de la ciudad de Cádiz⁷, Clotaldo, un caballero inglés, capitán de una escuadra de navíos, llevó a Londres una niña de edad de siete años, más o menos”, pág. 271. El capitán, que es católico, entrega “por riquísimo despojo a su mujer a la hermosa niña”. No dejaba de ser sorprendente que el católico Clotaldo cometa tal reprobable acción (los padres de la niña, que se llama Isabel, quedan desconsolados), dado que además ya tiene un hijo; no lo es ahora tanto a la luz de la historia de Daraja. La crían como a hija, la educan, le enseñan la lengua inglesa, aunque ella “no perdía la española, porque Clotaldo tenía cuidado de traerle a casa secretamente españoles que hablasen con ella”.

En la novela de Cervantes, se da también la diferencia de religiones⁸ entre la protagonista y su entorno porque la reina inglesa, anglicana, llamada Isabel, como la Católica, va a desempeñar un papel muy importante en el relato. Se destacará además como conflictiva tal diferencia, como lo es en la historia de Ozmín y Daraja.

El bilingüismo de Isabela era ya un rasgo destacado de Daraja, que sabe el árabe y el castellano, porque hablará con su amado en árabe en el jardín de la casa de sus anfitriones y custodios; y se subraya tal hecho porque pueden decirse lo que quieren sin que los demás los entiendan.

⁷ García López recoge la hipótesis de Stagg de una posible doble redacción de la novela y subraya cómo “el asalto a Cádiz parece un elemento extraño en la novela [...] Por otra parte, los padres españoles de Isabela no parecen vivir en Cádiz, sino en Sevilla [...] A partir de ahí, Stagg deduce una probable doble redacción de la novela [...] El núcleo central y primitivo del relato estaría constituido por las vivencias de Isabela en la corte inglesa, que parecen llevarnos a fechas cercanas a 1560, ese relato primitivo terminaría con el viaje de Ricaredo directamente a Sevilla”, pág. 823. A la luz del *Guzmán*, no puede seguir manteniéndose la distribución de episodios de esa supuesta doble redacción, ni tampoco esos dos tiempos imaginados de creación de la obra.

⁸ No voy a hablar del papel que desempeña la religión al final de la novela, tema que enlaza con el *Persiles* y que no procede de la historia de *Ozmín y Daraja*. Vid. Rafael Lapesa, “En torno a *La española inglesa* y el *Persiles*”, en *De la Edad Media a nuestros días*, Madrid, Gredos, 1971, págs. 242-263. El envenenamiento —asunto que aparece en las dos obras— no está en el relato de Alemán. Las fechas de composición que propone Lapesa (“hubo de ser escrita después de concertarse la paz de 1604”) están dentro de los años que la fecha del *Guzmán* indica.

El vestido “a la castellana” de Daraja tiene su correlato en *La española inglesa*. La reina Isabel querrá ver a la cautiva, y Clotaldo y su mujer deciden que no vaya “vestida humildemente, como prisionera, sino como esposa, pues ya lo era de tan principal esposo como su hijo”, y la visten “a la española, con una saya entera de raso verde acuchillada y forrada en rica tela de oro”, atuendo que se describe con detalle (págs. 277-78).

1.2. *La enfermedad por amor*

En ambos relatos figura el motivo de la enfermedad por amor. Daraja está desposada con Ozmín, “mancebo rico, galán, discreto y, sobre todo, valiente y animoso, y cada una destas partes dispuesta a recibir un *muy*, y le era bien debido”. Al saber el cautiverio de Daraja en Sevilla, el joven enferma de dolor: “adoleciendo de una enfermedad grave tan dificultosa de curar, cuanto lejos de ser conocida y los remedios distantes. Crecían los efectos con indicios mortales, porque la causa crecía, sin ser a propósito las medicinas; y lo peor, que el mal no se entendía, siendo lo más esencial de su reparo. Así de su salud los afligidos padres ya tenían rendida la esperanza: los médicos la negaban, confirmándose con los accidentes”, págs. 218-19.

En *La española inglesa* es Ricaredo, el hijo de Clotaldo, el que se pone al borde de la muerte por su amor secreto por la bella Isabela. Sus padres le tienen destinada “una muy rica y principal doncella escocesa”. Los médicos tampoco aciertan su enfermedad, que desespera a sus padres.

La cura en los dos galanes se consigue de distinto modo: Ricaredo le confesará su amor a Isabela y ésta, enamorada también, lo aceptará. Su recuperación es espectacular y asombra a su familia, les parece un milagro. En el relato de Alemán, al enfermo Ozmín se le ocurre una idea, “se le representó una imaginación”, y para ponerla en práctica, se recupera también de pronto, “despidió las tristezas y melancolías, pensaba solamente cómo tener salud. Con esto vino a cobrar mejoría, a desesperación de todos los que le vieron llegar a tal punto”. Ha decidido ir a Sevilla a ver a su amada esposa; sale “en traje andaluz”, con joyas y dineros, “en un buen caballo morcillo”, y lleva como guía “un moro lengua”.

1.3. *La solución in extremis*

Los dos relatos volverán a coincidir sólo al final: en la angustia de los jóvenes por la suerte de sus amados y en la solución *in extremis* de su his-

toria amorosa. Pero como el trazado del relato se ha distanciado mucho, se diluyen también esas semejanzas finales y, a no existir el comienzo parecido, no podrían distinguirse. Es más un diseño semejante que una coincidencia de detalles.

Van a ejecutar a Ozmín. Daraja, su padre y su suegro se desesperan ante la lentitud con que se resuelve su petición de merced y la rapidez con que la justicia va a despachar al pobre caballero. Ozmín sale ya por las calles para ser ajusticiado; éstas se llenan de gentes para verlo pasar, que lloran al ver “un mancebo tan de buen talle y rostro”. Don Luis ha conseguido, por fin, la real provisión que ordenaba entregarle el preso y en ese preciso momento llega a la ciudad, “apartando la gente para impedir la ejecución”. La orden de los reyes se obedece inmediatamente con gran gusto por parte de todos, “y con mucho acompañamiento de todos los caballeros de aquella ciudad y común alegría della llevaron a Ozmín a casa de don Luis”. El feliz desenlace se corona “haciendo aquella noche una galana máscara, poniendo muchas hachas y luminarias en calles y ventanas por el general contento”, pág. 258.

La reina los recibirá en Granada, les dirá cómo sus padres son ya cristianos y les dará la libertad. Ozmín y Daraja se bautizarán también tomando los nombres de Fernando e *Isabel*⁹ y se casarán; los reyes serán sus padrinos. Vivirán en aquella ciudad, donde “tuvieron ilustre generación”.

En *La española inglesa*, Isabela, que ha recibido la noticia de la muerte de su amado Ricaredo, decide esperar —aconsejada por sus padres— que acabe el plazo de dos años que convino con su amado. Acabada esa espera desesperanzada, va a tomar el hábito y entrar en el convento de Santa Paula, que era el lugar que había dado como referencia a Ricaredo para que la encontrara en Sevilla. Se viste con el mismo vestido con que se presentó ante la reina de Inglaterra y camina a pie la distancia que separa su casa del monasterio. La acompañan también ilustres caballeros: “Hallóse en él [acompañamiento] el asistente y el provisor de la Iglesia y vicario del arzobispo, con todas las señoras y señores de título que había en la ciudad”, pág. 314. La gente llena la calle para verla: “unos se empinaban por verla; otros, habiéndola visto una vez, corrían adelante por verla otra”. Y entre esa multitud, se destaca un hombre “en hábito de los que vienen rescatados de cautivos”, que, cuando “ya Isabela tenía un pie dentro de la portería del convento”, le dice que se detenga porque, mientras él siga vivo, ella no puede ser religio-

⁹ No hace falta subrayar cómo no sólo las dos reinas se llaman igual, sino también las dos heroínas.

sa. Es Ricaredo que, también en el último instante, impide lo que hubiera hecho imposible la reunión de los dos enamorados y, por tanto, el final feliz¹⁰.

2. OZMÍN Y DARAJA Y *EL AMANTE LIBERAL*

2.1. *La escena del jardín*

Si hay una escena destacada por su belleza en *El amante liberal* es la del encuentro de los dos protagonistas en el patio de la casa de Halima, la dueña de Leonisa. El arte cervantino alcanza una maestría extraordinaria, es un prodigio de finura psicológica¹¹, de sutil captación de unos instantes; el relato avanza a tempo lento, se palpa el “mudo y sosegado silencio” que ve Mario y se advierte la distinta perspectiva de los dos personajes. Leonisa “tenía la cabeza inclinada sobre la palma de la mano derecha y el brazo sobre las rodillas, los ojos a la parte contraria de la puerta por donde entró Mario, de manera que, aunque él iba hacia la parte donde ella estaba, ella no le veía”. Mario (que es nombre del enamorado Ricardo) avanza lentamente hacia ella, porque se consideraba “veinte pasos a su parecer, o poco más, desviado de su felicidad y contento, [...] se movía poco a poco y, con temor y sobresalto, alegre y triste, temeroso y esforzado, se iba llegando al centro donde estaba el de su alegría”. Cuando Leonisa vuelve el rostro y le ve, como lo creía muerto, “llena de temor y espanto”, “volvió atrás cuatro o cinco escalones y, sacando una pequeña cruz del seno, la besaba muchas veces y se santiguó infinitas, como si alguna fantasma o otra cosa del otro mundo estuviera mirando”, pág. 193. Ricardo le aclara la situación, y ella, prudente, se pone el dedo en los labios para que calle, para que hable bajo, porque su ama posiblemente les esté escuchando.

¹⁰ No hay luminarias como cierre, pero sí las habrá en *La gitanilla* y en *El amante liberal*. En *La gitanilla*, se celebran las bodas de Preciosa y Juan de Cárcamo y se dice: “Hizo fiestas la ciudad, por ser muy bienquisto el corregidor, con luminarias, toros y cañas el día del desposorio”, pág. 154. No hay además que olvidar que en el relato de Alemán se describen precisamente tales festejos, en donde muestra su valor y gallardía Ozmín. Si en *La fuerza de la sangre*, se habla al final de “la ilustre descendencia” de los protagonistas (pág. 389), en *Las dos doncellas*, se repite el término del relato del *Guzmán de Alfarache*: “dejando de sí ilustre generación y decendencia”, II, pág. 189. Aunque es obvio que tales recurrencias no serían significativas si no existieran las otras.

¹¹ Vid. I. Lerner, “Aspectos de la representación en *El amante liberal*”, *Anales cervantinos*, XXIV (1986), págs. 37-47. Y Rosa Navarro, “Gestos y escenas en las *Novelas ejemplares*”, *Anuari de Filologia*, XVII, 1994, págs. 109-110.

Esa maravillosa escena tuvo su inspiración¹² en otra de la *Historia de los dos enamorados Ozmín y Daraja*, que no tiene su concisión ni alcanza tal intensidad. El escenario es el jardín de la casa de don Luis, donde vive Daraja en Sevilla¹³. Ozmín, al ver que reparaban una pared, se ha hecho pasar por albañil, trabajando más que nadie, para entrar en la casa. Don Luis se fija en su “solicitud” y lo contrata como jardinero. “Y la primera tarde que ejerció el nuevo oficio, vio que su esposa se venía sola paseando por una espaciosa calle, toda de arrayanes, mosquetas, jazmines y otras flores, cogiendo algunas dellas con que adornaba el cabello”, pág. 222.

Mateo Alemán también detiene la narración y analiza las mínimas reacciones de los dos personajes; podemos reconocer incluso algún gesto común a ambos relatos, aunque es otra cosa totalmente distinta. Ozmín se turba y baja la cabeza disimulando: “Turbóse en verla de hablarle y, tanto vergonzoso como empachado, al tiempo que pasaba bajó la cabeza, labrando la tierra con un almocafre que en la mano tenía”. Daraja, al ver al nuevo jardinero “por un lado del rostro”, recuerda la imagen de su amado “de donde le vino una tan súbita tristeza, que dejándose caer en el suelo, arrojada al encañado del jardín, despidió un ansioso suspiro acompañado de infinitas lágrimas; y puesta la mano en la rosada mejilla, estuvo trayendo a la memoria muchas que, si en cualquiera perseverara, pudiera ser verdugo de su vida. Despidiólas de sí como pudo, con otro nuevo deseo de entretener el alma con la vista, engañándola con aquella parte que de Ozmín le representaba. Levantóse temblando todo el cuerpo y el corazón alborotado, volviendo a contemplar de nuevo la imagen de su adoración, que, cuanto más atentamente lo miraba, más vivamente las transformaba en sí. Parecía sueño y, viéndose despierta, temía ser fantasma”. Duda porque lo ve flaco y sin colores por la enfermedad pasada, “mas en lo restante de faiciones, compostura de su persona y sobresalto lo averaban. El oficio, vestido y lugar la despedían y desengañaban”, págs. 222-223.

Daraja es, pues, la que actúa; Ozmín disimula. Es ella la que le pregunta de dónde es y, al levantar la cabeza el joven, se reconocen: “Ozmín alzó la cabeza, viendo su regalada y dulce prenda, y, añudada la lengua en la garganta sin poder formar palabra ni siendo poderoso a responderle

¹² Tanto se ha considerado esta novela como una de las más antiguas de Cervantes como se ha visto en ella una reelaboración de recuerdos pasados y se ha fechado entre 1610-1612. A la luz del *Guzmán*, tendría, pues, que fecharse después de 1599.

¹³ Aunque Ozmín no esté cautivo, sí lo están los otros tres personajes: la pareja cristiana en Nicosia, en poder de los turcos; Daraja, en Sevilla, en poder de los cristianos. La situación es semejante, pero invertidos los términos.

con ella, lo hicieron los ojos, regando la tierra con abundancia de agua que salía dellos, cual si de dos represas alzarán las compuertas¹⁴: con que los dos queridos amantes quedaron conocidos”. La escena acabará porque entra en el jardín don Rodrigo, hijo mayor de don Luis, y los enamorados disimulan.

La morosidad del cuidado relato, la finura del análisis psicológico y el reconocimiento final con el encuentro de las miradas son los rasgos que unen esta escena de la obra de Alemán con la de la novela de Cervantes. Pero indudablemente el arte cervantino consigue eliminar todo lo accesorio y se queda con el trazado maestro del caminar esos pasos que separan de la felicidad y el del encuentro repentino de miradas.

3. ¿OZMÍN Y DARAJA Y LA ILUSTRE FREGONA?

3.1. *El ataque de los jóvenes del lugar al forastero*

En esta tercera *novela ejemplar*, donde Cervantes cita a Guzmán como parangón de uno de sus protagonistas, creo que hay también un motivo narrativo tomado de la *Primera parte de Guzmán de Alfarache*. No ya el hecho de que el caballero desempeñe un oficio indigno de su condición por estar cerca de su amada (Ozmín de albañil y jardinero; Tomás de Avendaño, de mozo de la cebada) porque es asunto frecuente; ni tan siquiera que se les note a dos de los personajes su noble origen o condición (“descubría [Ozmín] por sus obras un resplandor de persona principal y noble que por algún vario suceso anduviese de aquella manera”, *Guzmán*, pág. 243; “mostraba Carriazo ser un príncipe en sus cosas: a tiro de escopeta, en mil señales, descubría ser bien nacido, porque era generoso y bien partido con sus camaradas”, *La ilustre fregona*, pág. 70); sino la actuación violenta de los muchachos del lugar contra el personaje forastero.

Ozmín y don Alonso, “los dos enamorados amigos”, se visten de labradores y van a rondar a sus damas (aunque en realidad los dos pretenden a la misma, Daraja). Don Alonso, “por no espantar la caza”, manda al moro negociar con ellas, y Ozmín, “con cuidadoso descuido”, canta entre dientes una canción arábiga. Daraja lo oye y lo entiende, y le dice en árabe que espere; “él quedó aguardando y, en tanto que volvía, se paseaba por aquella calle”, pág. 251.

El narrador abre en ese momento una larga digresión glosando cómo “la gente villana siempre tiene a la noble —por propiedad oculta— un

¹⁴ La hipérbole no es muy afortunada.

odio natural”¹⁵. Llega a la conclusión de que “aquesta canalla endurecida, más empedernida que nuez galiciana, persiga con tanta vehemencia la nobleza, es grande admiración”. Prosigue luego el relato y narra cómo apedrean “unos mozuelos” a los forasteros; más que *nobles* —habría que añadir—, por su apariencia son labradores *forasteros*. “Acertaron a ver a los forasteros y en aquel punto, sin más causa ni razón, sin darles alguna ocasión, comenzaron a convocarse y, ligados en tropa, vinieron diciendo: “¡Al lobo, al lobo!”. Y desembrazando piedra menuda, como si del cielo lloviera, los apedrearon de manera que les fue forzoso huir y no esperarlos.” Vuelven los dos jóvenes a la noche siguiente, y “apenas la otra noche habían metido los pies en el pueblo, que junta una bandada de aquellos mozalbillos, habiéndolos reconocido, cuál con honda, cuál a brazo, unos con azagayas, palos, chuzos, otros con asadores, no dejando segura la pala o barretero del horno, como a perro que rabia, salieron a ellos”, pág. 252. Don Alonso y Ozmín se enfrentan a la pandilla; el cristiano recibe una pedrada en el pecho, y Ozmín “se iba entrando con ellos la calle arriba, haciéndoles mucho daño, porque algunos y no pocos quedaban heridos y tres muertos”. Un “destripaterrones” le dará con una tranca de puerta en un hombro, y Ozmín le partirá de una cuchillada la cabeza, “como si fuera de cabrito, dejándole hecho un atún en la playa”, pág. 253. Pero acosado por todo el pueblo, acaban prendiéndole y maltratándole, vengándose así del rendido. Lo procesarán y condenarán. Se salvará sólo, como sabemos, por la orden real.

En *La ilustre fregona*, no es el protagonista de la historia amorosa, sino su amigo, el pícaro por vocación, el que sufrirá golpes y prisión. Primero un aguador, al que sin querer derriba en tierra, le da una docena de palos. El Asturiano (que es don Diego de Carriazo) le da tal golpe “con la cabeza sobre una piedra, que se la abrió por dos partes, saliendo tanta sangre, que pensó que le había muerto”, II, pág. 92. Los otros aguadores, al verlo, lo muelen a golpes y a palos. Llega un alguacil y lo manda prender por sus corchetes; los acompañan “tanta gente y tantos muchachos” “que apenas podían hender por las calles”. La mejoría del herido y el dinero lo librarán de la cárcel. Pero no es este episodio el que podría reflejar el recuerdo de lo sucedido a Ozmín, sino el que cierra su vida como aguador.

Se comprará un asno e inmediatamente se lo jugará a los naipes; perderá los cuatro cuartos en que lo divide para jugárselo, pero con as-

¹⁵ Micó anota cómo “Aleman se hace eco de la difundidísima idea de *de sympathia et antipathia rerum*”, vid. nota 98, pág. 251.

tucia exige luego que le den la cola porque dice que ésta no se la ha jugado¹⁶; conseguirá que siga el juego y le da la vuelta, gana y se muestra liberal. Se extiende por todas partes la historia de la cola y de la generosidad del Asturiano, y añade el narrador: “Pero como la mala bestia del vulgo, por la mayor parte, es mala, maldita y maldiciente, no tomó de memoria la liberalidad, brío y buenas partes del gran Lope, sino solamente la cola”. No sólo todos le señalan como “el aguador de la cola”, sino que le persiguen los muchachos al grito de “¡Asturiano, daca la cola! ¡Daca la cola, Asturiano!”. Intentará librarse de ellos a palos, y “fue afinar el polvorín y ponerle fuego, y fue otro cortar las cabezas de la serpiente, pues en lugar de una que quitaba, apaleando a algún muchacho, nacían en el mismo instante, no otras siete, sino setecientas, que con mayor ahinco y menudeo le pedían la cola”. Decidirá mantenerse oculto a ver si se les olvida el mote y el acoso. Cuando reaparezca en el relato, lo hará “todos los dientes bañados en sangre y muy mal parado y muy bien asido del alguacil”, porque al repetirse la escena de la persecución de los muchachos, “se había apeado del asno, y dando tras todos, alcanzó a uno, a quien dejaba medio muerto a palos”; y al quererle prender la justicia, “se había resistido,[...] por eso iba tan mal parado”, págs. 136-37.

Hay en ambos relatos un ataque de los muchachos del lugar al forastero: Ozmín o el Asturiano. Con o sin causa, lo persiguen con sus gritos, lo acosan; y lo hacen de forma reiterada, sin posibilidad de pensar en su olvido. La reacción violenta del perseguido contra la masa vociferante acabará con él en la cárcel. Y el narrador habla de la “mala bestia del vulgo”, como el de *Ozmín y Daraja* decía de “la gente villana” que era “canalla endurecida”.

4. LA FECHA DE *LA ESPAÑOLA INGLESA* Y DE *EL AMANTE LIBERAL*

Imaginar la obra literaria en su proceso nos lleva a pensar en qué lecturas habría hecho poco antes el escritor, porque no sólo puede condicionar, influir, en tal tiempo de creación lo que el escritor vive —el contexto his-

¹⁶ Cuento de origen folklórico. Ya Gallardo lo relacionó con el relato de la patraña VI de Joan Timoneda. Maxime Chevalier aceptó como la fuente más segura de la patraña la *Novella di Bussotto*, como había señalado Enrico Cerulli (vid. la nota de M.^a Pilar Cuartero a su ed. de *El Patrañuelo*, Madrid, Austral, 1990, págs. 20-21). Menéndez Pelayo habla del “pleito sobre la cola de la bestia” que figura en los *Contos e historias de proveito e exemplo* del portugués Gonzalo Fernandes Trancoso, 1575, y dice “transportado por Timoneda a la *patraña* sexta y no olvidado por Cervantes en *La ilustre fregona*, pertenece al vastísimo ciclo de ficciones del “justo juez”; e insiste en su origen folklórico: *Orígenes de la novela*, cap. IX, Madrid, CSIC, 1943, III, pág. 147.

tórico—, sino lo que lee o ha leído. Si la obra se inscribe en un género, habrá que tener especialmente en cuenta sus antecedentes porque pueden ser significativos por la huella reconocible o por el marcado desvío de ella.

Es indudable que Cervantes leyó cuidadosamente la *Vida del pícaro Guzmán de Alfarache*; la cita del “famoso de Alfarache” lo atestigua, y las huellas en sus novelas de contenido “picaresco” han sido ya ampliamente reconocidas. Es además lógico que lo hiciera: se publica en los años de su intensa escritura y la obra tuvo un gran éxito. Y asimiló para su creación inmediata la novelita que Mateo Alemán insertó en su novela picaresca: *La historia de los dos enamorados Ozmín y Daraja*. Constatarlo nos permite admirar todavía más su arte narrativo porque supera muchísimo a ese modelo de algunas escenas y al mismo tiempo nos obliga a circunscribir el momento de escritura de las tres novelas ejemplares que lo reflejan a los años posteriores a la impresión de la obra.

La ilustre fregona ya tenía como fecha *a quo* la de la publicación de esa *Primera parte de Guzmán de Alfarache*. La huella del relato de *Ozmín y Daraja* en *La española inglesa* y *El amante liberal* es —me parece— manifiesta; la fecha de ambas tendría, pues, que posponerse a la de 1599, año de la primera edición de la obra.

5. LA MURMURACIÓN Y EL *COLOQUIO DE LOS PERROS*

La crítica ha relacionado el *Coloquio de los perros* con el *Guzmán de Alfarache* por muchas razones¹⁷. En efecto, la advertencia de Cipión a Berganza de que evite “impertinentes digresiones” puede leerse como apuntando directamente a la forma de narrar de Guzmán. Lo dijo ya Claudio Guillén: “Me parece que buena parte de las censuras literario-formales que se expresan en el *Coloquio de los perros* aluden al *Guzmán* (el exceso de sermones o discursos morales, el abuso de la digresión, la falta de estructura, la palabrería; además, si los perros son unos pícaros, los pícaros, *mutatis mutandis*, son unos perros, o más bien, unos meros cínicos)”¹⁸.

¹⁷ J. B. Avallé-Arce ya señaló el “sospechoso paralelismo entre los comienzos de Berganza y los de Guzmán de Alfarache”. Y después de enumerar coincidencias, dice: “Este cúmulo de analogías me inclina a pensar en la posibilidad de que en la génesis de Berganza y sus aventuras esté el recuerdo de la lectura de la vida de Guzmán de Alfarache”, introd. a su ed. de las *Novelas ejemplares*, Madrid, Castalia, 1982, III, pág. 28.

¹⁸ “Luis Sánchez, Ginés de Pasamonte y el descubrimiento del género picaresco”, en *El primer Siglo de Oro*, Barcelona, Crítica, 1988, pág. 208, nota 22. También había indicado que Cervantes se opone a Alemán C. Blanco Aguinaga en “Cervantes y la picaresca. Notas sobre dos tipos de realismo”, *NRFH*, XI, 1957, págs. 313-342. Y F. Lázaro Carreter señalaba la crítica cervantina a “la glosa moral interpretativa” y a “las pretensiones procesales del

El mismo Guzmán dice: “Larga digresión he hecho y enojosa. Ya lo veo...” al comienzo de un capítulo (1.^a, II, 4). Acaba el anterior obligándose a callar por haber entrado en “doctrina de predicación” más que “de pícaro”, y curiosamente utiliza luego un símil que Cervantes puso en pie, pero con palabras, en su extraordinaria novela: “Estos ladridos a mejores perros tocan: rómpanse las gargantas, descubran los ladrones. Mas ¡ay, si por ventura o desventura les han echado pan a la boca y callan!”, 1.^a, II, 3, pág. 288.

En el relato de *Ozmín y Daraja*, hay una reflexión, de la que se oye también ecos en otras partes del *Guzmán*, que es materia del diálogo de los perros: “La murmuración, como hija natural del odio y de la envidia, siempre anda procurando cómo manchar y escurecer las vidas y virtudes ajenas. Y así en la gente de condición vil y baja, que es donde hace sus audiencias, es la salsa de mayor apetito, sin quien alguna vianda no tiene buen gusto ni está sazónada”.

El narrador —“el buen sacerdote”— acabará su amplia digresión moralizante así: “Esto es lo que el mundo practica y trata: granjear a los mayores a costa ajena, con invenciones y mentiras, cuando en las verdades no hay paño de que puedan sacar lo que desean. Oficio digno de aquellos a quien la propia virtud falta y por sus obras ni persona merecen”, I, 8, pág. 224.

Antes de hablar de digresiones, Cipión quiere frenar el discurso de Berganza advirtiéndole de que no confunda filosofar con murmurar: “porque no tiene la murmuración mejor velo para paliar y encubrir la maldad disoluta que darse a entender el murmurador que todo cuanto dice son sentencias de filósofos, y que el decir mal es reprehensión, y el descubrir los defectos ajenos buen celo”, II, 286. Y la murmuración se convierte en el centro del *Coloquio*. Berganza replica: “Seguro puedes estar, Cipión, de que más murmure, porque así lo tengo prosupuesto”; pero Cipión poco

Guzmán, en términos muy enérgicos”, “Para una revisión del concepto *novela picaresca*”, *Lazarillo de Tormes* en la *picaresca*, Barcelona, Ariel, 1972, pág. 227. En cambio, Gonzalo Sobejano niega esa oposición: “Si en el *Coloquio* deseaba Cervantes oponerse a las moralizaciones del *Guzmán*, lo menos que puede decirse es que no lo consiguió en modo alguno: el *Coloquio*, dentro de sus cortas medidas, está lleno de moralizaciones y digresiones”. Pero no llega a negar el recuerdo del *Guzmán* en el *Coloquio*: “Diríase que aquí es más probable que Cervantes haya seguido a Mateo Alemán que no que se haya opuesto a él, aunque no estoy tratando de sugerir imitación [...] Por otra parte, la digresión, y la excusa de la digresión, eran un lugar común del juego de aquella época con los preceptos retóricos”. En nota, comentando las palabras de C. Guillén, siguen presentes sus reticencias a aceptar la huella del *Guzmán* en el *Coloquio*: “Está dentro de lo posible; pero recuérdese que casi todas esas ironías y censuras ya se las hacía Guzmán desde una postura auto-crítica, que puede ser la misma adoptada en el *Coloquio*”, “El *Coloquio de los perros* en la *picaresca* y otros apuntes”, *Hispanic Review*, XLIII, 1975, págs. 38-39 y 41. F. Márquez Villanueva sí afirma la existencia de tal censura en Cervantes, “La interacción Alemán-Cervantes”, *Actas del II Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Anthropos, Barcelona, 1991, pág. 159.

después insistirá: “¿Al murmurar llamas filosofar? ¡Así va ello! Canoniza, Berganza, a la maldita plaga de la mumuración, y dale el nombre que quisieres, que ella dará a nosotros el de cínicos, que quiere decir perros murmuradores”, 287. Aún Cipión censurará a Berganza cuando ejemplifique con los portugueses una de sus afirmaciones: “Ahora sí, Berganza, que te puedes morder la lengua, y tarazármela yo; porque todo cuanto decimos es murmurar”, 289. En seguida sustituirá sutilmente la censura moral por la de la forma de narrar, y ya no hablará de evitar la murmuración sino las digresiones.

Cuando Berganza hable de su amo el titiritero, concluirá: “Toda esta gente es vagamunda, inútil y sin provecho; esponjas del vino y gorgojos del pan”. Y de nuevo Cipión lo frena con un “No más, Berganza; no volvamos a lo pasado. Sigue, que se va la noche, y no querría que, al salir del sol, quedásemos a la sombra del silencio”, 306, donde se funde el reproche a la murmuración con el de la digresión.

Los ataques al murmurador, a la murmuración están en el *Guzmán* desde su inicio, en donde el mismo pícaro censura o “murmura” apoyándose en la filosofía: “Por no ser contra mi padre, quisiera callar lo que siento; aunque si he de seguir al Filósofo, mi amigo es Platón y mucho más la verdad, conformándome con ella”, I, 1, 134. Se apoyará luego en Aristóteles. “Y así debió de ser en todo tiempo, pues Aristóteles dice que el mayor daño que puede venir a la república es de la venta de oficios”, 137. Y acabará con la censura al murmurador: “Ya oigo al murmurador diciendo la mala voz que tuvo [...] Hombre de la maldición, mucho me aprietas y cansado me tienes: pienso desta vez dejarte satisfecho y no responder más a tus replica-tos, que sería proceder en infinito aguardar a tus sofisterías”, 139.

La Murmuración estará presente en la alegoría de la Mentira y la Verdad (que tanto gustó a Gracián), ella “era señora y gran amiga de la Mentira. Salióla a recibir, llevando delante de sí los poderosos de su tierra y privados de su casa, entre los cuales iban la Soberbia, Traición, Engaño...”, I.^a, II, 7, 433.

En la *Segunda parte*, dirá Guzmán que “son los murmuradores como los ladrones y fulleros”. Acabará su ataque con un ingenioso juego de palabras: “¡Gran lástima es que críe la mar peces lenguados y produzca la tierra hombres deslenguados!”, 2.^a, II, 7, 261. La censura está, pues, en toda la obra, y también forma parte del discurso de ese clérigo —nadie mejor que él para moralizar— que contó la *Historia de los dos enamorados Ozmín y Daraja*. Cipión y Berganza tenían un claro modelo en sus reflexiones sobre la murmuración; Cervantes genialmente las convierte en censura sobre la forma de narrar, porque murmurar, en efecto, implica romper el hilo del discurso.

6. ¿COINCIDENCIAS O ECOS?

Miguel de Cervantes leería muy bien no sólo la *Primera parte del Guzmán*, sino la *Segunda parte*; este relato tiene unas curiosas coincidencias con *La señora Cornelia* que no me parece que sean fruto del azar.

Guzmán decide irse de Roma a Siena, y allí Sayavedra con astucia le robará sus baúles (porque Alemán, al que le prolongan la obra como le ocurrirá a Cervantes, incluye a un personaje que se llama como el supuesto autor de la segunda parte en la suya, en juego muy “cervantino” *avant la lettre*). Dice Guzmán: “Eran los compañeros de Sayavedra maestros en el arte, astutos y belicosos y el principal autor dellos, natural de Bolonia, llamábase Alejandro Bentivoglio, hijo del mismo, letrado y doctor en aquella universidad”, *Segunda parte*, I, 8, 139. Y como es bien sabido, la protagonista de la novela de Cervantes es “Cornelia Bentibolli, de la antigua y generosa familia de los Bentibollis, que un tiempo fueron señores de Bolonia”, II, pág. 195¹⁹.

Un tropezón de un personaje —por la prisa— hace que pudiera leerse la coincidencia nominal como huella de lectura. Pompeyo, el amigo de Guzmán, al creer que éste ha llegado a Siena, “salió a toda prisa de casa, cayendo y trompezando, con la prisa de llegar y deseo de verme”, II, 8, 137 (dos páginas antes de la cita anterior). Al final de la *novela ejemplar* de Cervantes, Lorenzo, el hermano de Cornelia, reconoce de pronto a su hermana en la hermosa labradora que creía que era su rival en el amor del duque de Ferrara, y “tropezando en sus mismos pies, fue a arrojarse a los del duque”, II, 237. Si pudieran leerse como no casuales estas dos coincidencias, tendríamos ya una razón para fechar después de 1604 la redacción de *La señora Cornelia*²⁰.

También en la *Segunda parte*, Guzmán narra cómo alguien contó al embajador, su señor, su desdichada aventura con la señora de Nicoleta; “le dijo cuánto le importaba para su calidad y crédito despedirme, por la publicidad con que se hablaba de sus cosas y que cada cual sentía della como quería. Que los caballeros de su profesión y oficio debían proceder según lo que representaban, porque de lo contrario, resultaría en perjuicio de la reputación de su dueño”. Y en seguida aclara Guzmán: “Este discurso es mío. Que si no pasaron estas palabras formales, a lo menos creo serían *otras equivalentes* a ellas. Mas cualesquiera que fuesen, yo sé que ningunas le pudieron decir que no le fuesen a él muy sabidas, y sin duda le pesaría de que se las dijese”, I, 7, pág. 128.

¹⁹ José M.^a Micó, en nota, pone la cita de Cervantes como referencia.

²⁰ Casi siempre se ha considerado tardía esta novela, escrita entre 1606 y 1611.

Esa incursión del narrador para justificar una omnisciencia que no puede tener, para presentar unas palabras que no pudo oír como *versión* suya, como *suposición* de lo que debió ser, Cervantes también la lleva a cabo, pero con un toque de genialidad superior, en *La fuerza de la sangre*²¹. Va a poner en boca de Leocadia lo que le dijo a doña Estefanía para contarle cómo su hijo la violó y que antes había comentado a sus padres, y el narrador, que sí es omnisciente, dice: “Destas razones tomó ocasión de decirle, una vez que se halló sola con ella, las que con acuerdo de sus padres había determinado de decille, que fueron éstas o *otras semejantes*”, I, pág. 379 (los subrayados son míos). El lector, en ambos casos, sabe que está leyendo algo sólo aproximado a lo que ocurrió, a lo que se dijo una u otra vez; no exactamente las mismas palabras. ¿Es coincidencia de dos espléndidos escritores? Tal vez.

Como pudiera también serlo —pero son ya muchas— el ataque burlesco contra los que se tiñen que hay en esta *Segunda parte del Guzmán* (I, 3) y en *El licenciado Vidriera*²². Guzmán habla de los distintos colores de los cabellos teñidos: “...y en cada pelo se hallan tres diferencias: blanco a el nacimiento, flavo en el medio y negro a la punta, como pluma de papagayo. Y en mujeres, cuando lo tal acontece, ningún cabello hay que no tenga su color diferente. Puedo afirmar de una señora que se teñía las canas, a la cual estuve con atención mirando y se las vi verdes, azules, amarillas, coloradas y de otras varias colores, y en algunas todas, de manera que por engañar el tiempo descubría su locura, siendo risa de cuantos la vían” II, pág. 78. Y, un poco más adelante, sigue censurando: “Terrible cosa es y mal se sufre que los hombres quieran, a pesar del tiempo y de su desengaño, dar a entender a el contrario de la verdad, y que con tintas, emplastos y escabeches nos desmientan y hagan trampantojos, desacreditándose a sí mismos”, 81.

En *El licenciado Vidriera*, dice el narrador: “Otro traía las barbas jaspeadas y de muchas colores, culpa de la mala tinta; a quien dijo Vidriera que tenía las barbas de muladar overo. A otro, que traía las barbas por mitad blancas y negras por haberse descuidado, y los cañones crecidos, le dijo que procurase de no porfiar ni reñir con nadie porque estaba aparejado a que le dijesen que *mentía por la mitad de la barba*”, I, págs. 353-54. Y precisamente está —me parece— en este juego de palabras, que subrayo, la vinculación entre ambos textos. Guzmán habla de barbas teñidas para contar en

²¹ También se ha fechado siempre tardíamente esta novela, entre 1606 y 1612, aunque sin argumentos precisos. Si se acepta la similitud como significativa, sería uno para fecharla después de 1604.

²² Se ha venido fechando alrededor de 1605-1606 “por la mención de Valladolid y del patio de los Consejos”, *vid.* el citado prólogo de García López, págs. LV-LVI.

seguida un episodio que protagoniza en casa de su amo el embajador. Provo- ca con astucia un conflicto entre los dos pesados invitados de su señor, un capitán y un letrado. Finge que el capitán le ha hablado de la barba afectadamente cuidada del letrado y que quería que le hiciese una burla. Éste, envalentonado por el vino, le dice al capitán que, si estuvo en la jornada de Túnez, “¿cómo no tiene pelo blanco en toda la barba ni alguno negro en la cabeza? Y si es tan mozo como parece, ¿para qué depone de cosas tan anti- guas? Díganos en qué Jordán se baña o a qué santo se encomienda para que le pongamos candelitas cuando lo hayamos menester”. El embajador le pedirá a Guzmán que sentencie la cuestión, y éste contesta: “—Lo que pue- do responder a Vuestra Señoría sólo es que ambos han dicho verdad y am- bos *mienten por la barba*”, 86. El juego ingenioso está justificado en uno y otro contexto, pero en el *Guzmán* es la culminación de la anécdota y cie- rra además el capítulo quedando destacado. En *El licenciado Vidriera* hay también, en el párrafo siguiente a la cita, la mención al río Jordán: “Una vez contó que una doncella discreta y bien entendida, por acudir a la vo- luntad de sus padres, dio el sí de casarse con un viejo todo cano, el cual la noche antes del día del desposorio se fue, no al río Jordán, como dicen las viejas, sino a la redomilla del agua fuerte y plata, con que renovó de manera su barba, que la acostó de nieve y la levantó de pez”, I, 354.

Tomás Rodaja es, como Guzmán, “segundo en licencias” (*Guzmán*, Se- gunda parte, III, 4, 421; *El licenciado Vidriera*, I, 360). El capitán Diego de Valdivia le alabó la vida de soldado, pero, como dice el narrador “no le di- jo nada del frío de las centinelas, del peligro de los asaltos, del espanto de las batallas...”, 327, que sí aparecen descritos por Guzmán, *Segunda parte*, II, 5, 229, aunque en otros términos. Viaja por Italia, como Guzmán, pero su visión y juicio de las ciudades italianas es distinta. Se burla también como Guzmán de las alabanzas de los poetas a las damas (*Guzmán*, Segunda par- te, III, 3, 391; *El licenciado Vidriera* I, 343), pero es un tópico de las sátir- as²³. Podrían ser todas estas semejanzas temáticas sólo coincidencias si no fuera por su acumulación en un relato breve como el cervantino.

Concluiré diciendo que la lectura del *Guzmán de Alfarache* caló tan hondo en Cervantes que la obra de Alemán reapareció a veces en pala- bras suyas, y, gracias a ello, podemos tener una fecha *a quo* para algu- nas de sus *Novelas ejemplares*. He intentado mostrar las semejanzas que presentan episodios de tres²⁴ de estas novelas con otros de la *Historia de*

²³ José M.^a Micó indica estas semejanzas en las notas correspondientes al texto del *Guz- mán* entre otras referencias a distintas obras.

²⁴ La huella que refleja el *Coloquio de los perros* es de otro tipo; supone una crítica de Cervantes a la técnica narrativa de Alemán, y había sido ya señalada por los críticos.

los dos enamorados Ozmín y Daraja y las posibles huellas que ofrecen otras tres²⁵ de pasajes de la *Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache* (1604); supondrían una redacción cercana a la lectura de la obra o a su relectura.

Podríamos repetir, negándola, una hermosa comparación del sevillano —que nació sólo unos días antes que Cervantes—: esa lectura *no* “es como el agua que llueve en la mar sin provecho”. El gran novelista supo escribir *otra cosa* a partir de la impresión que recibió del relato; pero dejó el rastro de su modelo, y así puede verse mejor la diferencia de su arte. Lo caracterizan “el encanto” y “la garra del león”, como dice Menéndez Pelayo, y, sin discusión posible, una maestría única en crear ámbitos de ficción.

²⁵ *La gitanilla* tiene el motivo del falso robo, del que también es víctima Guzmán en las galeras. La Carducha pone joyas entre las alhajas de Andrés y luego lo acusa del robo como venganza por su desprecio. De ello se derivará la ofensa que le hace el soldado, al que mata Andrés, y el tormento que sufre el joven (“muchos martirios y vituperios”), I, págs. 140 y ss. Un mozo, instigado por Soto, robará un tríncheo de plata del caballero al que sirve Guzmán en la galera y lo esconderá en su despensilla, de tal forma que se le atribuirá el delito. Es el comienzo de su caída en desgracia; luego robarán un trencellín con piezas de oro del sombrero del caballero, robo del que también se acusará a Guzmán, y por el que se le aplicará un durísimo tormento (*Segunda parte* III, 9, págs. 514 y ss.). En ambos casos, se descubrirá al final la inocencia de los dos. Clemente, el joven que se esconde entre los gitanos lleva cuatrocientos escudos de oro ceñidos al cuerpo en unas mangas de camisa (I, pág. 128), y Guzmán también esconderá cosido en la ropa junto al corazón todo su caudal (*Segunda*, III, 8, 498). Pero sería imposible afirmar que tales motivos, corrientes, estén relacionados entre sí. Sólo si se los une a las demás huellas de lectura que he señalado, podría pensarse en una posible vinculación. *La gitanilla* se considera también una novela tardía, posterior a 1606; y su cronología interna la lleva a 1610.